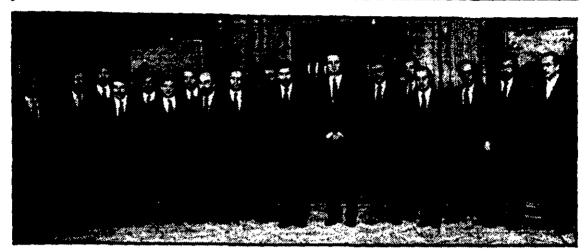
## primer Gabinete socialista



Felipe González hace lo propio, también junto al Rey. Dos fotos y una idea: la alternancia, con la Monarquía como garante

## Felipe González, un Gabinete presidencialista con Guerra al fondo

Felipe González y sus ministros andan todavía —a un mes escaso del aterrizaje— acogidos a la protectora cuarentena que los ciudadanos de buena voluntad conceden a los recién llegados, mientras las ven venir. El nuevo presidente, investido el día 2 de diciembre con una confortable capa parlamentaria de dos centenas de diputados, hizo su Gabinete con más prisas que pausas, con mucho silencio y sin dar tres cuartos al pregonero.

El preestreno, no tan exclusivo porque las noticias vuelan, estuvo amenizado, sin embargo, por el recalcitranta suspense de Affonso Guerra, que en el hamfetiano trance de ser o no ser vice-presidente tal parecía que anduviera no ya deshojando la improbable margarita, sino todos y cada uno de los árboles del sevillano parque de María Luisa, en arrasadora connivencia con la fría otoñada.

Al fin triunfó el criterio felipista y Alfonso vino, vio y se puso, con el ahínco habitual, a hacer el «supergobierno» de la Moncioa. En las escasas pero sustancio-aas innovaciones que los socialistas han introducido en la tradicional estructura del Gabinete centrista se puede apreciar ya la fina caligrafía organizativa del vicesecretario general, trasplantado a vicepresidente. (De manera que el Poder, doblemente, va y viene por sus manos de di-

rector de escena.) Los recién llegados no se han atrevido a relos organigramas mover heredados y apenas han refun-dido un par de Ministerios (Hacienda con Economia y Comer-cio). A beneficio del inventario queda de momento la vieia idea de una remodelación drástica de Ministerios para hacer un reducido equipo de «superministros» en la cúspide que coordinase grandes áreas, dejando a «ejecutivos» de menor rango las labores propias de departamentos más o menos convencionales. Pero Felipe González —y sobre todo Guerra- creen a pie juntillas en las estructuras piramida-les, de modo que han hecho un Gabinete presidencialista, reforzando con mano generosa el «entourage» de la Moncloa: tres Secretarias de Estado, tres Subsecretarias, diecinueve Direcciones Generales y cuarenta Subdirecciones Generales. Toda una lección de fontanería.

## Claves del 83

Muchos palillos le faltan aún que tocar a Felipe González y su Gobierno, tanto en el frente de la crisis económica como en el de la modernización del Estado, los dos ejes básicos de su programa. El todavía misterioso mosaico de los Presupuestos Generales, cuya orientación se conocerá a primeros de año, deparará algunas claves sobre la futura actuación socialista. Luego vendrá la ley de incompatibilidades, la negociación de los temas de Estado (y sobre todo el autonómico). Retos sin fin. Justo y necesario es que Felipe González cumpla sus promesas y gobierne. Necesario y conveniente que lo haga bien. Aunque esa ya es otra historia.

Alfonso Guerra hizo ya una «superejecutiva» en su partido, porque hay que estar juntos pero no revueltos, sino en orden y concierto, y ha fomentado ahora la imagen de una Presidencia fuerte y acumulativamente arro-pada. Es el sucedáneo de la primitiva idea socialista y por ello la sombra de un Gabineté paralelo que dejaría a la mayoría de los dieciséis ministros del Gabinete real convertidos en consejeros delegados en sus respectivas demarcaciones para resolver cuestiones domésticas y ejecutar las ideas de la Moncioa, pasadas por el implacable tamiz de Al-fonso Guerra, es más que un fantasma: es una posibilidad de coherencia y operatividad, que puede ser, sin embargo, el principia de la descomposición.

Hemos mentado la causa y deberemos habíar de los prime ros efectos. La base de la oferta socialista, la voz diferenciada respecto a la entonces naufra-gante UCD, era sus propósitos y sus deseos de gobernar. Y no otro era el mensaje que la gran mayoría de la sociedad española por encima del color del arco iris con el que se mira la cosa política- venía segregando de manera harto perceptible en los últimos años. Felipe González cogió la onda y, dado que cuenta con un respaldo históricamente insólito, se ha puesto manos a la obra. Los primeros indicios hablan de que se está cumpliendo, al menos por el momento, el pro-pósito de tomar decisiones. Las fulminantes medidas sobre la devaluación de la peseta y la galo-pante subida de precios a partir de la revalorización de los productos petrolíferos han superado la dificil apuesta a la impopularidad.—M B.